

ORGANIZACIÓN MUNDIAL DEL COMERCIO

WT/MIN(05)/ST/33
14 de diciembre de 2005

(05-5968)

CONFERENCIA MINISTERIAL
Sexto período de sesiones
Hong Kong, 13 - 18 de diciembre de 2005

Original: inglés/
francés

ORGANIZACIÓN DE COOPERACIÓN Y DESARROLLO ECONÓMICOS (OCDE)

Declaración del Sr. Donald Johnston
Secretario General

(que interviene en calidad de observador)

Tal vez parezca trivial declarar que el Programa de Doha para el Desarrollo ofrece grandes oportunidades de crecimiento y desarrollo económico mediante el comercio. Sin embargo, es un mensaje que merece la pena repetir. Con más de 1.000 millones de personas afectadas por la pobreza en el mundo, es un reto enorme, un reto que debemos afrontar.

La naturaleza aborrece el vacío. Si se estanca la acción multilateral, la sustituirán otras iniciativas. Los acuerdos comerciales bilaterales y regionales proliferarán aún más que en estos últimos años. Se concertarán acuerdos multilaterales, que abarcarán solamente ciertos sectores o esferas de actividad. Habrá asimismo otras consecuencias negativas en cuanto a las oportunidades perdidas, sobre todo la imposibilidad de conseguir que salga de la pobreza extrema una gran parte del mundo en desarrollo.

Les recuerdo a este respecto las sabias palabras de Shakespeare:

"Existe una marea en los asuntos humanos que, tomada en pleamar, conduce a la fortuna; si se omite, todo el viaje de la vida se ve rodeado de escollos y desgracias."

Utilizando esta analogía, ahora estamos en la pleamar y debemos actuar, pero la marea de las oportunidades puede muy bien retroceder con rapidez si no aprovechamos el potencial que brinda la Ronda de Doha. Y si no la aprovechamos, ¿cuáles serán las consecuencias? ¿Qué escollos y qué desgracias nos acarrearán?

El abandono del proceso multilateral sería particularmente costoso para los países en desarrollo. Muchos de ellos -en particular los más pequeños y más pobres- se verían excluidos de los acuerdos bilaterales y correrían el riesgo de quedar marginados. Además, los países en desarrollo a los cuales se ofrecieran acuerdos bilaterales difícilmente podrían convertirse en beneficiarios netos al negociar con una gran potencia.

Las oportunidades perdidas si no se progresa en el frente multilateral serán considerables. Tomemos como ejemplo la facilitación del comercio. Calculamos que los países en desarrollo conseguirían dos tercios de las mejoras de los ingresos de todo el mundo mediante un acuerdo en este sentido en el marco del Programa de Doha para el Desarrollo, que se perderían en ausencia de tal acuerdo. Por otra parte, si las reformas en materia de facilitación del comercio se limitan a los países

de la OCDE, estimamos que las desviaciones consiguientes del comercio provocarían una caída de un 3 por ciento de los ingresos de los países en desarrollo.

Además, se esfumarían los 68.000 millones de dólares aproximadamente que recibirían los países en desarrollo en el caso de una liberalización completa de los aranceles.

En el sector de la agricultura, si no se mejora el acceso a los mercados se verán gravemente perjudicados los agricultores y los consumidores de todo el mundo, incluidos los de los países en desarrollo.

Los impresionantes beneficios que pueden esperarse de la liberalización ulterior del comercio de servicios también quedarían en nada, y una vez más los países en desarrollo serían los principales perdedores.

Las propias medidas de liberalización de los países en desarrollo son un elemento fundamental en todas estas esferas; si no se avanza en este sentido, se verán comprometidas las enormes oportunidades que se derivan del comercio Sur-Sur.

Además de la pérdida de ganancias, el estancamiento de la reforma multilateral acarrearía riesgos sistémicos reales. Las distorsiones actuales del comercio y la actividad económica adquirirían carácter permanente, de manera que los países en desarrollo tendrían cada vez más dificultades para competir en condiciones de igualdad en los mercados mundiales. Tenemos un ejemplo claro en la agricultura, en la que el 30 por ciento de los ingresos de los agricultores de los países de la OCDE proceden de la combinación de intervenciones públicas en los mercados y de subvenciones presupuestarias. Aún más importante es el hecho de que las tres cuartas partes de estas ayudas se conceden mediante los tipos de instrumentos de política comercial que más distorsionan el comercio, como por ejemplo los aranceles de importación y las subvenciones a la exportación.

Si no se mantiene el impulso del multilateralismo, aumentará el riesgo de recurrir de manera excesiva a los procedimientos de solución de diferencias, erosionando ulteriormente el funcionamiento efectivo del sistema de comercio.

Además, la constante expansión de los acuerdos regionales y bilaterales, en ausencia de disciplinas multilaterales sólidas, impondría nuevas y pesadas cargas a las empresas, debido a la complejidad del número cada vez mayor de normas de origen y técnicas a las que tendrían que hacer frente.

Es indudable que el fracaso del Programa de Doha para el Desarrollo daría lugar a la pérdida de miles de millones de dólares de beneficios potenciales especialmente para el mundo en desarrollo. He mencionado la agricultura, pero podemos señalar aquí de manera específica el algodón, de una importancia vital para muchos de los países más pobres de África. También podríamos añadir a la lista los aranceles sobre los productos industriales, el sector de los servicios, las normas antidumping, las subvenciones, las medidas compensatorias y las subvenciones a la pesca, que son muy perjudiciales para los países en desarrollo.

¿De qué manera podremos garantizar que haya una voluntad política suficiente para evitar estos escollos y hacer así realidad todas las promesas del sistema basado en la OMC? En primer lugar, nosotros debemos fomentar de manera colectiva un mayor entendimiento de las ventajas de la apertura multilateral de los mercados en nuestra opinión pública. Y al decir "nosotros" me sitúo en una perspectiva amplia. Esta actividad concierne al mismo tiempo a los gobiernos, la sociedad civil y las organizaciones internacionales.

La segunda vía, sin la cual la primera quedaría reducida a una retórica hueca, nos obliga a buscar políticas coherentes y de ayuda mutua en otros sectores. La política comercial se tiene que

situar en un marco nacional más amplio, reconociendo que cuando más eficaz es la apertura de los mercados es cuando está respaldada por políticas macroeconómicas racionales, un mercado de trabajo flexible, una cultura de competencia e instituciones fuertes. La apertura de los mercados dará sus mayores frutos en un entorno normativo que facilite la transferencia de mano de obra y de capital de los sectores de actividad en declive hacia los que registran crecimiento.

Con esta perspectiva, podemos ver y promover la reforma del comercio como un instrumento necesario de crecimiento y desarrollo más que como una concesión a otros países. Con esta misma perspectiva se podrá entonces convenir en un mecanismo mediante el cual, cuando el comercio de un país en el marco de acuerdos regionales haya alcanzado un cierto nivel, las preferencias comprendidas en dichos acuerdos pasen a ser multilaterales sobre una base NMF.

En las políticas de ámbito nacional hay que tener en cuenta que la globalización provoca una regresión de ciertas esferas de actividad y que se necesitan medidas para facilitar el reajuste inevitable de la población afectada. En algunos casos, pueden resultar eficaces medidas específicas para corregir el mal funcionamiento del mercado, pero cuando se utilicen tales medidas deberán ser transparentes y eficaces en función de los costos. En particular, si se considerase necesario recurrir a medidas de salvaguardia, se debería hacer con la condición de que sus posibles beneficios, al abrir el camino a un reajuste estructural y a su aceptación por el público, fueran superiores a los costos que entrañan.

Nunca es tan importante la coherencia de las políticas como para la conexión entre el comercio y el desarrollo. Según las informaciones de la base de datos conjunta OCDE-OMC sobre la creación de capacidad, el volumen total de la asistencia relacionada con el comercio ha aumentado constantemente desde la puesta en marcha del Programa de Doha para el Desarrollo, hasta llegar a los 3.000 millones de dólares en 2004. Y la ayuda a la infraestructura, que puede tener efectos directos e indirectos importantes en la competitividad comercial, es ahora superior a los 10.000 millones de dólares.

Es evidente que, en el marco del Programa de Doha para el Desarrollo, hay que fortalecer la ayuda correspondiente al componente comercial. Por lo que respecta al suministro de ayuda, y suponiendo que se mantengan los compromisos adquiridos por los Jefes de Estado desde la cumbre de Monterrey, la OCDE prevé un aumento sin precedentes de la asistencia oficial para el desarrollo durante los próximos cinco años, de 80.000 millones de dólares en 2004 a 130.000 millones en 2010. No obstante, hay margen para seguir aumentando las inversiones en la ayuda al comercio definida en un sentido amplio.

Sin embargo, la ayuda al comercio no se limita a una mayor aportación monetaria. En realidad, la comunidad del desarrollo ha mejorado mucho su eficacia en la aplicación de los principios básicos que se ha fijado: la identificación local con las actividades, la coordinación en torno a sistemas y estrategias nacionales, la armonización de los esfuerzos de los donantes y la gestión basada en los resultados.

El Marco Integrado incorpora estos principios y se ha de llevar adelante dedicando una mayor ayuda financiera a la mejora de la capacidad de los países beneficiarios de los programas en materia de elaboración y aplicación de políticas. Es evidente que para determinar el ámbito, la definición y los instrumentos de una ayuda más amplia en la esfera del comercio se requiere más trabajo. Las comunidades que se ocupan de la ayuda y del comercio en el ámbito de la OCDE están dispuestas a contribuir a este debate.

Si, por el contrario, buscamos un ejemplo de incoherencia de las políticas, basta detenerse en el algodón. Como ya he indicado hace unos minutos, es imprescindible hacer algo para poner remedio a las preocupaciones de África en este sector; ahora bien, no se puede actuar de manera aislada. La asistencia técnica y financiera al subsector del algodón se debe ajustar a las prácticas

generales relativas a la eficacia de la ayuda. Si para el algodón se quiere obtener en el Programa de Doha unos resultados más ambiciosos y más rápidos que para otros productos básicos, hay que buscar un resultado ambicioso en el marco más amplio de la liberalización de la agricultura.

La conclusión satisfactoria del Programa de Doha para el Desarrollo ayudará a abordar algunos de los principales desafíos que afronta actualmente la economía internacional: los persistentes desequilibrios mundiales, el envejecimiento de la población y la pobreza. Nuestra tarea común debe seguir consistiendo en completar el Programa de Doha para el Desarrollo a finales de 2006. Para esto será necesario a su vez que los países abandonen sus planteamientos mercantilistas basados en ofertas y concesiones y reconozcan que se puede defender el interés económico de cada país incluso a través de una liberalización unilateral sobre la base del principio de la nación más favorecida (NMF), lo que ha demostrado el análisis de la OCDE.

Como ha sugerido el Director General Lamy en su discurso inaugural, debemos ser valientes y estar dispuestos a correr algún riesgo en beneficio de todos.

Los Miembros de la OCDE deben reconocer que tienen una responsabilidad particular a este respecto y que es mucho lo que está en juego para permitir que fracase esta empresa. Como dice Shakespeare en la continuación de la cita anterior:

"En esa pleamar flotamos ahora, y debemos aprovechar la corriente cuando es favorable o perderemos nuestro cargamento."
